

Magda C. Clemente
López

Reflexiones de Julio Le Riverend acerca de la relación entre los discursos literario e historiográfico

Desde el primer trabajo de Le Riverend a propósito de las relaciones literatura-historia aparecido en la Revista de Literatura Cubana número 6, de 1986,¹ cuyo objeto de análisis fue la novela histórica cubana *Cuando la noche muera*, de Julio Travieso, el autor admite que existen múltiples y recíprocas relaciones entre la literatura narrativa y la historia que van más allá de la novela histórica o de la historia novelada. Así se referirá a la existencia de un problema teórico que ha sido objeto de múltiples reflexiones desde el nacimiento mismo de la novelística histórica con Walter Scott, situando como referencia la obra memorable de Alfonso Reyes al respecto.²

Por otra parte, no reduce estos vínculos únicamente a la novelística histórica, sino que incluye también el testimonio, el cual brinda, a nuestro juicio, un conocimiento valioso de la historia al ser expresión de las mentalidades de una época.

Con acierto se encarga de precisar que no se trata de que la literatura histórica sustituye y desplaza a la historiografía, sino de que la literatura narrativa en América Latina da una dimensión diferente y eficaz, de la historia, en la medida en que asuma los contextos mayores y no se quede en la pintura de psico-

¹ «Historia y ficción», en Revista de Literatura Cubana (6), 1986.

² El deslinde, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

logías individuales. Hay una coincidencia con las tesis de Alejo Carpentier en tanto ve las posibilidades de la literatura histórica en el continente no solo para darnos imágenes individuales sino lo que aquel llamó «los contextos», y aboga además por el acercamiento a la denominada historia de las mentalidades, capaz de dar de sí el conjunto o especificidades de una época, y la literatura narrativa, la cual debe estar, a su juicio, al nivel de las mentalidades de un período presente o pasado.

En su análisis de la novela citada reconoce que la historia transita personalizada —a través de los personajes principales y el protagonista—!!! de una etapa a otra, permitiéndonos como lectores reflexionar sobre ella a partir de la asunción del conocimiento histórico imbricado en la ficción novelesca.

En su segundo artículo «De ángeles y diablos en su Revolución», comenta la novela histórica de Lisandro Otero *Temporada de ángeles*, cuyo contenido aborda la Revolución Inglesa de 1649; Le Riverend analiza la imagen que de estos hechos ofrece Otero en una narración literaria de marcado carácter histórico donde su autor, partiendo del uso de las fuentes (documentos, textos historiográficos) logra dar los elementos a la par diferenciadores y concertables de los dos tipos de narración —la histórica y la literaria—!! en función de un objetivo mayor: ofrecer una visión lo más amplia posible de la sociedad inglesa en ese momento histórico.

Precisa que la narración histórica requiere un resumen o una comprensión textual de las fuentes, mientras que la invención literaria fuerza a explicitar lo sucedido, busca la sincronía o la simultaneidad del conjunto. Lo histórico, en cambio, provoca la necesidad de agrupar, de concentrar sin prolongada interrupción las partes de un suceder; de ahí podemos inferir que la temporalidad en ambos discursos es asumida de forma diferente, pero constituye una categoría común tanto para la ciencia historiográfica como para la narración literaria histórica.

Los personajes !!!!—reales o no, fieles en el carácter a las fuentes o no— son reveladores de las contradicciones esenciales de su momento; de ahí la validez del conocimiento histórico que aporta la literatura y particularmente la novelística histórica. Este presupuesto estético es retomado por el autor en su ensayo «Acerca de la conciencia histórica en la obra de Alejo Carpentier»,³ al

³ Aparecido en *Revista de Literatura Cubana* (10), Año VI, julio de 1988.

postular que la riqueza de matices en las crisis puede ser apreciada mejor en seres arquetípicos de la literatura o de la biografía analítica que en las monografías más o menos convencionales de los historiadores especializados. Nótese cómo privilegia Le Riverend la capacidad de la literatura en sus posibilidades cognoscitivas que vienen a ampliar o completar la información ofrecida por la ciencia histórica.

En este valioso ensayo, a nuestro juicio el más enjundioso y profundo de cuantos escribió referido al tema, Le Riverend concede a la historiografía la categoría de científico-creadora y admite las mediaciones y la subjetividad de su discurso. Se sitúa así en la misma línea de pensamiento que vienen sustentando numerosas figuras citadas y analizadas en nuestro trabajo.⁴

El tiempo se define como duración cambiante estrechamente ligada a la historia; y a esta última la ve en sus dos acepciones: la que hacen los hombres y la que a su vez es recreada por el hombre a través de la historiografía, juicio esclarecedor al tratar también la relación de dos categorías básicas para los discursos histórico y literario: historicidad y temporalidad, donde está inmerso el hombre con su capacidad reflexiva para situarse por encima del tiempo y pensar, descubrir y concebir no solo el suceso en el plano social sino en la naturaleza.

Concluye Le Riverend que entonces toda duración, o sea, todo tiempo es historia en el ser humano que la vive y la refleja, o la evoca por el pensamiento y la sabiduría.

Llega en su razonamiento a fundamentar el papel de otra importante categoría para el novelista histórico y para el historiador: la de conciencia histórica y la manera en que es enfocada por Alejo Carpentier en toda su obra narrativa, a partir de las diversas actitudes que asumen sus personajes ante los conflictos del tiempo; para llegar a ofrecer regularidades generales en el comportamiento del mismo y postular que cuando la conciencia histórica crece puede lograr la transformación del tiempo, o si por el contrario se detiene, conduce al conservatismo y la reacción. Hay, pues, en las obras de Carpentier toda una filosofía de la historia que, a nuestro juicio, aunque no ha sido explicitado en estos términos por Le Riverend sí emana del análisis que realiza y, sobre todo, de los textos carpenterianos.

⁴ Ver tesis de maestría Conceptualizaciones del pensamiento cubano del siglo xx en torno a la relación literatura-historia, UCLV, 2006.

Al estudiarlo en su manera de historiar, el autor establece o halla cierta afinidad de Carpentier con la historia de las mentalidades, en particular al calar en moral, en posiciones clasistas, procedencias nacionales, etc., de sus personajes.

Otro aspecto significativo de su análisis, es el de no restar, sino por el contrario valorar positivamente la importancia de la mediación del narrador porque tiene un horizonte de interpretación más extenso e intenso que la historiografía, lo que le permite penetrar en las diversas actitudes de una época o, lo que es lo mismo, en la conciencia histórica de los hombres que la habitaron y su conflictividad con el tiempo y la historia, no para ofrecerlo simplemente como información, sino para, a partir de ahí, extraer lecciones para el futuro.

De 1990 son sus trabajos «Literatura e historia: vaivenes cercanías y lejanías» y «Tiempo y narraciones»,⁵ donde Le Riverend reflexiona sobre el origen de las relaciones de la literatura y la historia remontadas a fábulas y crónicas históricas que eran canciones de gesta, y admite que desde entonces existen problemas de tangencia y yuxtaposición de esas dos formas de narrar. Es evidente entonces su reconocimiento de la historiografía como un tipo de narración o relato sometido a las leyes de la temporalidad. Valora positivamente el surgimiento ! con Walter Scott! de la novelística histórica en el siglo XIX, al constituir su obra un desafío para que la escritura de la historia fuera accesible a todos y reconoce que los mejores historiadores de la escuela romántica han admitido el carácter impulsor de nuevos estilos que imprimió la literatura del autor de *Ivanhoe*. Recuérdense los criterios de José María Heredia al respecto, a pesar de no simpatizar con este subgénero.

Al reconocer el mérito de autores como Pérez Galdós y, contemporáneamente el de Umberto Eco, admite que ambos no han tenido el reconocimiento que merecen porque «la historia se autodefine como ciencia y reniega de toda invención salvo de la suya»,⁶ de donde podemos derivar, en primer lugar, que el autor concede gran valor al aporte gnoseológico de la novelística histórica, sobre todo por su búsqueda del tiempo pasado para comprender el movimiento de las sociedades y de los hombres que

⁵ Aparecido en revista *Letras Cubanas* 13 y 14 enero-marzo y abril-junio respectivamente.

⁶ En revista *Letras Cubanas* (13), enero-marzo, 1990, p. 291.

la habitaron y, en segundo lugar, admite que la invención, y la imaginación también son parte del discurso historiográfico, aunque la historia se autodefina como ciencia. Por supuesto, procede a demostrar diferencias entre ambas narraciones en cuanto a la manera de asumir el tiempo y a su manejo de las fuentes documentales: la narración historiográfica nace de la búsqueda de documentos, de testimonios a los cuales está sujeto el historiador no sin estar permeado por su presente, es decir, por el influjo de la época desde la cual le toca escribir historia. Le Riverend denomina a este fenómeno presentismo, lo cual es una forma de mediación entre el hecho y lo narrado sobre él; sin embargo contrapone a esa sujeción a las fuentes, que atan al historiador, la libertad del narrador literario, capaz, incluso, de suplir vacíos de información sobre hombres, acontecimientos y circunstancias con sus dotes imaginativas.

Sus concepciones sobre el tiempo coinciden en lo esencial con las expresadas por Paul Ricoeur cuando establece la correlación entre las categorías narratividad y temporalidad dadas en ambos tipos de relatos ! historiográficos y de ficción! !a partir de su convergencia en el hombre y su capacidad reflexiva para pensar hacia atrás como indagación o memoria y hacia delante como convocación del futuro, tomando las vivencias que en el presente poseen los que intentan comprender ese pasado para proyectar el futuro.

Considero que es clave afirmar que la medida del tiempo es el hombre y lo que él hace o deshace, o sea, sus acciones susceptibles de ser analizadas, valoradas, y finalmente relatadas. Para él, el narrador juega el papel esencial en el manejo del tiempo, puesto que lo puede ofrecer desde diversas aristas, es decir, desde fuera (tiempo del narrador) o desde dentro (tiempo de lo narrado). El primero, que denomina también tiempo común, es el tiempo lineal o tiempo historiográfico privilegiado por la historiografía, porque hasta cuando la realidad es cambiante, y puede haber, incluso, retrocesos, no vuelve a ser como fue. Está analizando la dialéctica del devenir, del transcurrir, lineal o no, del tiempo histórico y cómo es captado así por la historia, mientras en la literatura el narrador puede hacer con el tiempo cuanto quiera: alargarlo o recortarlo, detenerlo, acelerarlo o dispararlo en línea recta en el pasado y el presente de los personajes. Ese es el tiempo específico o interno, no lineal, perteneciente por exce-

lencia a la novela; es el narrador quien lo impone a sus personajes.

Enlaza esta categoría con otra de la narratología —la de espacio— pues la novela sigue siendo un recuento de vidas o espacios de vidas personalizados. El narrador literario es más independiente del tiempo exterior, lo que le posibilita imponer a sus fabulaciones el que considera más apropiado, penetra en el tiempo propio a través del ser humano viviente para insertarlo en anécdota o episodio singular agotado en sí mismo o en devenir cerrado, lo cual no es el caso del historiador que una vez que va a las fuentes debe mantenerse sujeto al tiempo de los hechos y no puede atribuir nada a sus personajes; cuando no encuentran respuesta a sus interrogantes en los documentos consultados no les queda otro remedio que interrogarse sin caer en respuestas imaginarias. Le Riverend emplea aquí dos calificativos para comparar el tiempo historiográfico y el literario: al primero lo denomina opaco; al segundo, transparente. Hay que hurgar en el primero para asir lo que lleva en sus entrañas, mientras en la narración literaria todo está claro.

Siguiendo la línea de pensamiento que representan figuras como Alfonso Reyes, Arturo Andrés Roig y José Antonio Portuondo, reconoce la sensibilidad, la subjetividad como un rasgo común para ambos tipos de narradores. Tanto el historiador como el literato encarnan la realidad desde una óptica particular ! individual! para transformarla en imagen. Al respecto apunta que: «la sensibilidad reviste el carácter de una imagen cuyo origen queda oculto, porque además hallamos otra calidad de tiempo: el que se pierde[...]»⁷ donde establece la relación entre subjetividad y selección; ambos tienen que escoger lo que van a historiar, aunque por procedimientos diferentes.

Ante ese tiempo que se pierde el narrador literario pone su invención y el historiador que no puede aventurarse mucho transforma lo imaginario en hipótesis, pero tanto uno como otro en su labor escritural se ven compelidos a intercalar elementos, cortar y reorientar su plan. La diferencia estará en que mientras para la literatura las incongruencias, los vacíos, las superposiciones pueden quedar al conformar en el texto una totalidad, el historiador no puede, dado el carácter de ciencia del material que elabora, caer en fantaseos.

⁷ «Tiempo y narraciones», en *Letras Cubanas* IV(14), 1990.

«De las fuentes de la narración y de su función»⁸ privilegia a nuestro juicio dos elementos en el análisis de las relaciones historiografía-literatura: el primero: ¿qué son las fuentes?, las cuales define como «aquellos elementos o marcos en que se gestan y nacen, siempre para morir —salvo en los casos estupendos de vivacidad perenne— las narraciones, sean históricas o literarias».⁹ Y el segundo, su papel en la narración admitiendo, por tanto, que la historia y la literatura constituyen especies de relatos y que ambos usan las fuentes documentales con propósitos y alcances diametralmente opuestos.

Reafirma lo expresado en trabajos anteriores al precisar cómo el historiador es preso por las fuentes, pues deberá atenerse a los datos que estas le aportan para sacar sus conclusiones y siempre que haya vacíos no podrán ser llenados por la imaginación, pues en su proceder está seguir el camino que le marca la fuente, de lo contrario su verosimilitud puede ser objetada, en cambio el narrador literario a partir del estudio de las fuentes queda en plena libertad para crear un universo en que quienes se mueven en él pueden ser el resultado o la suma de rasgos, vivencias, psicologías que constituyen una generalización realizada por su creador a partir de la observación de caracteres diversos que llenaron una época. Los personajes pueden ser creados con lo que aportaron las fuentes, pero también con las vivencias de su creador; de ahí que se puedan fundir pasado y presente para enfrentar el futuro en el tiempo interno de la narración literaria.

Por último, en carta inédita a Carmen Marcelo Pérez, estudiosa del tema, la cual data de 1994 y que constituye un valioso, aunque breve documento de análisis sobre las fecundantes interconexiones entre la literatura de ficción y la historiografía! entíendase por la primera, sobre todo, la llamada novela histórica catalogada por él como historizante! aboga por la utilización en la escritura historiográfica de elementos físico-sociales y de mentalidades como si fuera ficción lo que según él acercaría este tipo de discurso a la novela historizante y en general a la historicidad implícita de toda novela buscando en esta ciencia la vivacidad que le ha faltado por la parquedad del lenguaje utilizado por los historiadores, de los cuales no se excluye.

⁸ Revista Letras Cubanas (18), 1991.

⁹ Ob. cit., p. 242.

En sus reflexiones ha estado latente la percepción y acogida del receptor (lector) hacia las novelas históricas y no hacia las somníferas monografías y biografías trazadas por los historiadores hacia los que ese lector siente menos afición. Por supuesto, no se trata de privilegiar una en detrimento de la otra, sino de encarar la escritura de la historia teniendo en cuenta una tendencia de la modernidad que es la interdisciplinariedad que amplía el campo de los estudios históricos bloqueados por el tan llevado y traído carácter científico al que se han adscrito las principales tendencias de la historiografía moderna.

En sus meditaciones asume los criterios expresados por José Martí acerca de lo que es el tiempo¹⁰ y cómo en su definición está implícito el contenido de la historia en su devenir constante, no sólo lo acaecido en el pasado y su especificidad humana, pues la historia es sobre todo hacer humano.

Por otra parte deja bien claro ! y esta ha sido una constante en todos sus trabajos! que la mediación del escritor o del historiador es inevitable en la presentación de los tiempos del hombre, sin sobrestimarla porque de hecho la subjetividad no puede ser ahistórica ni intemporal.

Hay una distinción entre los conceptos temporalidad y tiempo, así nos aclara, siguiendo el juicio de García Bacca, que la temporalidad está integrada por pasado, presente y futuro, mientras el tiempo es o actual o pretérito o futuro. Unido a esto está el esclarecimiento acerca de que la historicidad no tiene que ver sólo con el pasado como tradicionalmente se ha visto relacionada, sino con la percepción de los cambios que se producen en las creaciones del hombre y hacia donde se encamina este a partir de ellas, así como su búsqueda en el pasado y en el presente; pero no sólo viendo la incidencia de lo humano, sino de leyes naturales a las cuales el individuo está también sujeto aunque pueda accionar sobre ellas para cambiar muchas veces su curso.

Está entonces Le Riverend en sintonía con el pensamiento de los clásicos del marxismo al comprender que la ciencia histórica estudia al hombre insertado en su contexto histórico-social, sin estar ajeno a las leyes del desarrollo de la naturaleza.

¹⁰ Según José Martí el tiempo es la sucesión de los instantes en que suceden las cosas y se verifican los actos, Obras Completas, t. 6, p. 69.

Bibliografía

- LE RIVEREND, JULIO: «Historia y ficción», en *Revista de Literatura Cubana* (6), 1986.
- _____ : «De ángeles y diablos en su Revolución», en revista *Casa de las Américas* (162) mayo-junio, 1987.
- _____ : «Conciencia histórica en Carpentier», en *Revista de Literatura Cubana*, VI(10), enero-julio, 1988.
- _____ : «Literatura e Historia: vaivenes, cercanías y lejanías», en revista *Letras Cubanas* IV(13), enero-mayo, 1990.
- _____ : «De las fuentes de la narración y de su función», en revista *Letras Cubanas* (18), 1991.
- _____ : Carta inédita a la doctora Carmen Marcelo Pérez, 26 de abril de 1994.